

SEGUNDO PREMIO

Sueños de esperanza

De Facay

Se mantiene el ánimo, respiramos a pleno pulmón. El aire huele a goma quemada, - 30°, ¿qué no quemar para entrar en calor? La supervivencia sale de dentro. Más allá del cerebro, el corazón, el alma se vende por algo de comida.

Los niños ya son pocos, la mayoría murió de hambre hace mucho. Los adultos dejaron de llorar y comer rata, ya no es fiable, pueden estar contaminadas por culpa de los residuos en las calles. Ya no hacen falta cárceles, todos estamos presos de una nada que poco a poco se come todo sin escrúpulos. pero nada se puede hacer y se espera el fin sin darle importancia a la vida. Población encerrada en fronteras de la mente, comer, no pasar frío, refugio.

El sol salía poco tiempo y el calor superaba a veces los 50°, así que solo quedaba refugiarse. Aunque el frío siempre fue lo peor. Más horas, más frío, demasiado frío y muchas horas, pero se prefería salir aunque fuera todo un reto mantenerse caliente. Los túneles no eran ya solución, cualquier subterráneo era una trampa mortal: sobrevivir, eso era lo que importaba.

La humanidad estaba perdiendo la poca fe que le quedaba y no importaba demasiado.

En los momentos de mayor desesperación, apareció una mujer con algo inimaginable: semillas. Pero cuando recapacitó un poco, había una solución, pero costaría un gran esfuerzo. Las mujeres estábamos más preparadas que los hombres para afrontar los retos que esto suponía. Tierra, buena tierra, solo hacía falta un pequeño lugar recóndito, podía ser la solución, sabíamos que no sería fácil y nos reunimos unas 10 mujeres. Suficientes para afrontar un viaje utópico.

Comenzamos a caminar intentando cuidar esas semillas que podían representar un futuro. Cargamos con las pocas cosas que nos podían hacer falta para el camino, un camino que no sabíamos qué nos depararía.

Kilómetros de hielo, lagos infinitos, parar y refugiarnos, cuando esas pocas horas de sol convertían el hielo en agua. La memoria de otros tiempos se aplicó alrededor de

un fuego pobre, historias que todos habíamos oído. Reunir información y pensar en cómo utilizarla.

Mujeres, cosa poco común en aquellos tiempos. Nosotras fuimos las que tuvimos el valor de intentar seguir el instinto y creer firmemente en una utopía. Fueron meses duros, pero como en las viejas historias del cuento de Noé, el agua descendió y a lo lejos, aquello que parecía imposible apareció. Árboles, de esos que tanto habíamos oído hablar, eran de verdad, como un microclima entre el sol y el hielo. Cuando llegó la noche, comenzamos a entender. Luces a lo lejos. No sabíamos cómo podía ser, pero allí estaban. Muy lejos, pero allí, allí donde nadie se atrevió a llegar.

Nosotras casi sin aliento, cansadas, sin ánimo, pero en un segundo disponíamos de esperanza. Teníamos semanas por delante antes de llegar, pero ¿qué nos esperaba en ese grupo de luces y árboles?

Adaptación, imposible, entonces correspondería a qué habíamos comentado: microclima. Seguimos nuestro camino. Con la ilusión puesta en ese lugar, lugar donde la imaginación, la ilusión y la esperanza, nos permitiera llegar.

Fueron días muy duros, casi tenebrosos. Pasadas ya de esfuerzo, una de nosotras amaneció muerta, el frío nos consumió y a ella simplemente la mató. Excavar y enterrarlos en el hielo formando una burbuja, que no sabíamos si aguantaría el calor inhumano que estaba por llegar. Aguantar, alguna de nosotras llegaría, aunque sería mejor si llegábamos las 9.

Los tonos que la noche y el frío nos hacían ver que el cielo nos daba esos pequeños momentos de alegría que nadie sabía de dónde provenían. Las antiguas las llamaban auroras boreales, pero no sabíamos por qué ocurrían. Teníamos su lenguaje y algunas palabras cuyo significado fue cambiando una generación tras otra. Motivadas y sin desfallecer, una mañana, encontramos a unos hombres, casi muertos. Ellos eran de otro punto del planeta. Por lo que pudimos deducir, también iban siguiendo la luz a lo lejos. El camino se hizo algo más duro, éramos más y sin poder entendernos, o casi, porque lo imprescindible estaba claro: comida y agua.

Los días pasaban con más preguntas que respuestas. Y por fin, cuando estábamos a unos pocos kilómetros, uno de los hombres murió, por lo que pudimos entender que en su camino habían muerto más. Pero por las explicaciones eran un grupo de 12 y solo quedaban seis débiles, pero duros como rocas. Quizás en su lugar de origen estaban peor. Eso no lo sabríamos. Lo importante era llegar a lo que nosotros entendimos como una especie de oasis, sin saber el significado real de aquella palabra ya que nunca vimos un desierto. ¿Qué pensamientos nos llevaban hacia ese lugar que creíamos cerca, pero cada

vez nos parecía mas lejano? Estaba allí, y se vislumbraba que algo pasaba. Ya empezamos con las temperaturas, el aire era o empezaba a ser diferente. Dudas, Dios, cuántas dudas. ¿Y si al final de aquel camino no había nada para seguir viviendo? ¿Cómo resolverlo? Dejarnos morir no era opción. Aquellos árboles nos decían que algo diferente tenía que ser hasta llegar, sin saber que aquel viaje infernal cambiaría nuestras vidas, y las de ellos.

Cuando estuvimos suficientemente cerca, quedó claro que el cielo era realmente diferente. Se divisaba un gran círculo, no hacía tanto frío, pero tampoco un calor sofocante. A unos 20 km, vimos unas plantitas pequeñas pero verdes ¿cómo? Paramos a descansar y nosotras nos pusimos en serio a dialogar sobre el fenómeno. Aquel círculo en el cielo dejaba ver un azul que no habíamos visto nunca y nubes blancas. ¿Qué demonios estaba ocurriendo allí? Uno de los hombres sacó un libro de su enjuta bolsa y allí casi encontramos la respuesta. Fotos, muchas fotos. De árboles, montañas, cielos y nubes. Animales de formas que no habíamos visto jamás. Vegetación de distintas clases. Hacer o pensar que algo así hubiera existido, si de generación en generación se pasaba información, pero libros no habíamos visto con dibujos y cuernos fotográficos, era diferente, muy diferente. Cuando pensé en las horas siguientes, sería en serio que podía empezar a cambiar el planeta, un punto de inicio, después se iría extendiendo poco a poco y por fin un mundo donde vivir. Cómo no soñar o pensar que algo tenía que cambiar o la raza humana, como se entendía, desaparecería.

Y llegamos a un lugar donde el suelo era verde y los árboles tenían un tacto rugoso en su parte marrón, las hojas eran suaves y frescas. Una sensación que ninguno de los que estábamos allí conocimos nunca. Ruidos o sonidos. ¡Qué sonidos más diferentes! No era silencio ni era ruido, resultaba agradable. Unas estructuras en forma de triángulo, pero no con esa intensidad que nosotras conocíamos. Los laterales se movían despacio, pero se movían. Y agua, una especie de lago de aguas claras, casi transparente. No era real, parecía un sueño mágico. Seguimos andando y una cúpula transparente apareció, llena de vegetación, desconocida para nosotros. Acercándonos, pudimos ver qué era. Un invernadero gigante, lleno de frutos de colores y claro está, sin más, fuimos a coger algo de comer y una voz dulce nos dijo:

—Cuidado, hay cosas que no están bien, no están maduras y podrían haceros daño.

¡Sorpresa! Una mujer nos estaba hablando y nos ofrecía fruta de una especie de caja, pero era como de hilos gruesos y rígidos que, según ella, era mimbre. Fruta, nos la ofreció y cómo definir el sabor. No estaba alterada. No se la vio preocupada. Era supervi-